

EL SOSIEGO Y LOS AFANES

Como humanidad hemos demostrado en el pasado, y también hoy, lo complejo de armonizar situaciones contradictorias como, por ejemplo, Igualdad y libertad, democracia y orden social, pluralismo e institucionalidad, derechos individuales y garantías sociales, y tantas otras. En lugar de pensar en cómo preservar ambos lados de estos binomios, tendemos a manejarlos por separado, cual crueles desgarrones sangrantes, como suele ser el caso de las guerras.

En una exploración simbólica del tema de armonizar opuesto, en la literatura y el cine encontramos hermanas muy distintas que deben trabajar para entenderse. Tal es el caso de Elinor y Marianne Dashwood, de “Sense and Sensibility”, Anne y Elizabeth Elliot, de “Persuasion” y de Maggie y Rose Feller, de la película “En sus zapatos”. Estos casos ilustran lo diferentes que pueden ser dos personas más allá de, como dicen los versos de Gabriela Mistral: “Cerraban las mismas puertas, al mismo aljibe bebían, el mismo soto las miraba, y la misma luz las vestía” (1).

Entonces, además de lo que las une, las hermanas dan sentido al significado de la palabra derivada “hermanar”, la cual implica unir, juntar, emparejar, armonizar. Esto pone el acento de la palabra en el camino y el esfuerzo de encontrarse, tanto como en la condición de nacimiento.

El evangelio de hoy nos habla de una de las parejas de hermanas más conocidas de la historia. Se trata de Marta y María, quienes, como sabemos, eran muy distintas entre sí. Marta era una mujer práctica, con una enorme capacidad de trabajo, orientada al servicio, que entendía el cariño y la generosidad hacia el prójimo como atender sus necesidades y procurar su bienestar. María, en cambio, era una persona profundamente interesada en el conocimiento espiritual, en la contemplación de la Palabra de Dios, en la reflexión y comprensión de las dimensiones celestes de la vida.

En el relato de hoy, Jesús había llegado a casa de estas dos hermanas, y como siempre ocurría, una gran cantidad de gente había llegado con él: discípulos, seguidores, curiosos, etc. Marta, siguiendo la inclinación de su carácter, se afanaba por atender a todos, en servir algo fresco o caliente, repartir algún “tentempié”, acomodar asientos para los que quisieran. María, en cambio, se había sentado en el círculo más cercano de los que oían las enseñanzas de Jesús y seguía sus palabras concentradamente.

Lo que sucedió a continuación ha sido interpretado de manera muy distinta con el paso del tiempo, según la visión de mundo que prevalecía en la cultura y el mundo cristiano. En el pasado se entendió que los afanes de este mundo eran muy inferiores al sosiego espiritual, separando irreconciliablemente la acción y la contemplación. Hoy entendemos mucho mejor la necesidad de hermanar estas dimensiones de la experiencia humana, y de acoger su necesario aporte al enriquecimiento de nuestra vida.

Más aún, hoy hemos llegado a comprender mejor el misterio de la naturaleza y de la historia, tanto que nos sentimos totalmente interpretados por el profeta de los tiempos actuales que cantó: “Todo mi gozo y mi éxito, toda mi razón de ser y mi deseo de vivir, Dios mío, están suspendidos de esa visión fundamental de tu conjunción con el universo. Que otros anuncien, cumpliendo con su función más excelsa, los esplendores de tu puro Espíritu. Yo, dominado por una vocación que obedece a las fibras íntimas de mi naturaleza, no quiero ni puedo hablar sino de las innumerables prolongaciones de tu Ser encarnado a través de la materia; nunca sabré predicar más que el misterio de tu carne” (2).

Estamos invitadas e invitados por Jesús a hermanar todo lo que, separado, empobrece nuestra vida personal y colectiva; a vivir sin conflicto a esa Marta y María que todos llevamos dentro; a tolerar nuestras diferencias y a valorar un mundo variado, complementario, lleno de matices y en permanente tensión por un encuentro más total. ¡Amén!

(1) Gabriela Mistral: “Marta y María”

(2) Teilhard de Chardin: Himno del Universo